

El umbral animal. Apuntes sobre algunas ficciones del presente

Gabriel Giorgi

1. Eso que llamamos “literatura”, dice Rancière, es un desarreglo del orden que articula la relación entre las palabras y los cuerpos: un desajuste o un “error de cálculo” entre los mapas o diagramas de lo social (los “lugares”, las funciones, los roles de los individuos y los grupos) y el excedente de cuerpos sin lugar, sin nombre, sin “posición”. Ese espaciamiento y ese desarreglo, sugiere Rancière, coincide con los lenguajes impropios de la literatura. Y esa dislocación se juega precisamente en torno a la distribución política de la capacidad de hablar: en torno a los modos en que una sociedad distingue entre los sujetos en tanto que *sujetos parlantes* que tienen la “capacidad política” del lenguaje (el lugar social y la habilitación para hablar y ser escuchados –y, podemos agregar, la obligación de responder) y los que simplemente *viven*, los cuerpos de la (re)producción, que no tienen lugar ni “cuentan” en el dominio simbólico de lo público, los incontables que no forman parte del “mundo en común” salvo como pura fuerza de producción y reproducción. “La literatura es ese nuevo régimen del arte de escribir donde el escritor es no importa quién y el lector es no importa quién”¹: la aparición de esas escrituras de “cualquiera” hacia “cualquiera”, esas escrituras decisivamente jugadas en torno a la anonimidad y la falta de nombre para esos cuerpos excesivos a los que inscribe en el lenguaje, es el evento moderno que llamamos literatura. Antes de ese evento moderno, dice Rancière, no había literatura, sino “bellas letras”, cuyo circuito de producción y consumo estaba claramente predeterminado por universos de clase o de casta. La literatura, en cambio, revoca constantemente, en el lenguaje y por la escritura, las reglas que distinguen a “los que tienen parte” en el mundo social, y los incontables, los muchos, los que meramente *viven*. Ese nuevo “arte

¹ Rancière J., *Politique de la littérature*, Galilée, Paris, 2007, p. 21.

de escribir” recorre o investiga (y al hacerlo, pone en suspenso) la frontera inestable, ambigua, pero inevitablemente violenta, en la que se separa la palabra articulada del “ruido” del cuerpo, del grito, de la mera voz, en la que se distinguen los cuerpos con nombre propio de los cuerpos anónimos, esa masa indistinta de figuras irreconocidas; los “individuos” de esa corporalidad rumiante, previa al sentido, pura línea de supervivencia y de “vida primaria”. Ese es el evento eternamente democrático de la escritura literaria: la dislocación, en y por el lenguaje, de los lugares sociales y su gramática política, y la ruptura por la cual los cuerpos que “no cuentan” alteran el espacio de la lengua.

Hay una potencia singular en este argumento de Rancière, que hace de la noción de literatura no sólo un mecanismo disruptivo sobre la distribución política de la facultad del lenguaje, sino también un ejercicio de suspensión sistemática de lo “propio” del hombre —esto es, de la facultad del lenguaje como la herramienta que ha servido para definir y legitimar la segregación entre lo humano y lo animal, sobre la que se traza la “diferencia” humana. Aunque Rancière, desde luego, está pensando en los “excluidos” —la “parte de los que no tienen parte”— que irrumpen en ese nuevo régimen de escritura literaria y su pulsión igualitaria desarreglando el orden político de la lengua, la idea de una revocación de la separación entre el sujeto hablante y el cuerpo viviente —entre hablar y vivir— pone necesariamente en juego la cuestión de lo animal y del límite que, en el lenguaje, se traza entre el ser sujeto en tanto sujeto parlante (y por lo tanto, parte de una comunidad humana, inscrita simbólicamente, etc.) y el “ser viviente”, mudo, pre-lingüístico y pre-individual, eso que queda en el límite exterior del sentido o de lo inteligible. Esos cuerpos, mudos o ruidosos, que la literatura inscribe en el lenguaje y que desordenan el mapa de las significaciones son cuerpos en el límite con lo animal, cuerpos cuya dignidad humana está siempre cuestionada, los cuerpos de las hordas indigentes, los bárbaros, los miserables, los primitivos, los salvajes... La literatura tiene lugar ante esos cuerpos anómalos, ante sus murmullos o aullidos que se confunden con las palabras o que parecen palabras pero no lo son, y que trastocan el orden del sentido inscribiendo una intensidad que arrastra al lenguaje hasta su mismo límite. “En un sentido —escribe Ran-

cière— toda la actividad política es un conflicto para decidir qué es palabra o qué es grito, para retrazar las fronteras sensibles por las cuales se da cuenta de la capacidad política²: la literatura es la instancia de ese conflicto, el umbral de la indecisión “entre” la capacidad de hablar y esos cuerpos, esas “vidas sin forma.” (¿No es éste el hecho definitivo de la escritura de Sarmiento, que hace de la barbarie no la instancia de una animalización retórica de ciertos cuerpos indeseables, sino un problema de escritura —de lenguaje— ante ese “exceso de vida” que no se resuelve en cuerpos *asignables* en un mapa social, y que desordenan, desde afuera, las reglas de lo decible y de lo visible? No se trata de que a ciertos individuos se los represente como animalizados, sino de que efectivamente ciertos excedentes de cuerpos ponen en cuestión la asignación de humanidad y la exhiben como mecanismo político, como régimen histórico. La literatura tiene lugar allí donde el lenguaje se hace cargo, en su forma misma, de ese excedente). La cuestión de lo animal, del límite inestable y político entre lo humano y lo animal y de la inscripción de lo animal en lo humano, es, desde este punto de vista, constitutiva de eso que llamamos literatura, precisamente porque la literatura es el mecanismo que, en el lenguaje, problematiza o suspende la diferencia entre la humanidad parlante —los sujetos— y los cuerpos “meramente” vivientes. La “literatura” emerge allí donde esos límites se dislocan: donde el ruido de los cuerpos y la palabra articulada, el rumor a-significante de lo viviente y los sonidos inteligibles del lenguaje, los sentidos y el sentido, vivir y hablar, trazan líneas de tensión recíproca. La literatura es el testimonio de ese *límite animal*: de Sade a Kafka, de “El matadero” a los “tadeys” de Osvaldo Lamborghini —esos “bichos que irrumpen a través de las endeblés paredes de los sujetos de la gramática”—, la escritura no ha hecho sino interrogar eso que en el lenguaje apunta, se impulsa —quizá en vano— hacia el umbral de lo viviente.

2. Esta relación con lo animal que parece estar en el centro mismo de la literatura adquiere algunas inflexiones especiales en algunas escrituras contemporáneas³. Hay algunas zonas de la literatura del “presente” que

² *Ibíd.*, p. 12.

³ Exploré algunas de estas hipótesis en Giorgi, G., “Lugares comunes”, *Revista Grumo*, Río de Janeiro, num. 9.

parecen conjugarse alrededor de una nueva relevancia de lo animal y de lo “meramente viviente” como dimensión desde la que se interroga el orden mismo de lo político, y en relación a la cual la literatura parece elaborar nuevos lenguajes formales. Pienso, por caso, en ciertas escrituras latinoamericanas recientes, como *2666* de Roberto Bolaño, donde los asesinatos seriales de mujeres en la frontera entre México y Estados Unidos son la ocasión para el despliegue incesante de una carne irreconocible, que emerge en una contigüidad inquietante con lo animal, y cuyo estatus humano queda tachado. O en los textos de Joao Gilberto Noll, el escritor brasileño cuyas novelas tienen lugar alrededor de una amnesia narrativa en la que los rastros del “yo” —su memoria, su identidad, su relato— se disipan para dejar lugar a una corporalidad mutante, expansiva, errante, anónima. O la escritura de Mario Bellatín, donde una atención rigurosa a la anomalía corporal —*Flores*, por ejemplo— se vuelve una instancia de despersonalización y de apertura a experiencias radicalmente heterogéneas a toda economía de la subjetividad y de la comunidad —y que se asocian con la experiencia singular de la literatura. Más que “el cuerpo” —que conserva, al menos como noción, la referencia antropomórfica—, estas escrituras parecen dar testimonio del encuentro con una “cosa viviente” (o “muriente”), como material desde el cual se interroga ese límite político que hace a lo “propio” del hombre. El límite de la no-persona, de los cuerpos que son irreconocibles como, o que han dejado de ser “personas” se vuelve, en estos textos, una suerte de campo de ejercicios que problematizan al mismo tiempo la imaginación política y las formas de lenguaje que dan cuenta de *eso*. Se trata de ficciones que leen la crisis del Estado-nación (ese mecanismo que, durante la modernidad, se constituyó en torno su capacidad para proteger y reconocer de modo universal la “vida humana”) precisamente en ese excedente de cuerpos que, consecuentemente, no tienen lugar ni en los espacios de visibilidad social ni en la gramática de los vocabularios colectivos. Esas “vidas sin forma” emergen, precisamente, en allí donde el Estado no puede trazar una distinción absoluta *entre las vidas a reconocer (“humanas”) y las vidas que se abandonan* — imposibilidad que define, en gran medida, el “paisaje” de lo social en las últimas décadas, y que se realiza estéticamente en cuerpos innombrables, inclasi-

ficables, un régimen de anomalía corporal que ya no reconocen la gramática de lo “normal/anormal” y su constitución disciplinaria de sujetos. Allí reaparece lo animal, no ya como dimensión exterior y “otro” del hombre, sino como su escansión interna, como su condición en tanto “ser viviente” que suspende los modos de su reconocimiento o su legibilidad social y jurídica. En la época que hizo de la “calidad de vida” la apuesta fundamental de sus políticas y el axioma de sus experiencias éticas, la literatura se vuelve sobre las “vidas sin calidad” –las vidas sin calificación, sin cualidades– para interrogar sus efectos sobre el orden del lenguaje.

La fuerza de anonimia que parece habitar el núcleo de la literatura –como lenguaje para los cuerpos sin nombre, sin clase, sin especie– se despliega de manera singular en *2666*, de Roberto Bolaño (2004)⁴. “La parte de los crímenes”, una de las cinco “partes” que componen *2666*, de Roberto Bolaño, despliega alrededor de los itinerarios de “von Archimboldi” –ese mito errático del escritor moderno (es, podría decirse, *pura función de autor*)– una sucesión muy extensa de viñetas de los cuerpos de las mujeres asesinadas en el momento en que sus cadáveres son encontrados. Se trata de un repertorio incesante de cuerpos torturados, violados, mutilados, cuyos asesinatos, en su inmensa mayoría, permanecen irresueltos –su acumulación es a la vez numérica y simbólica, en la medida en que se suceden en el vacío jurídico (que es casi un vacío narrativo) en el que tiene lugar su muerte. La serie de los cadáveres habla, evidentemente, del universo de violencia sexual y de género que los produce en semejante escala, y al mismo tiempo, despliega la insistencia encarnizada en destrozarse, desecrar los cuerpos, volverlos pura *cosa* abyecta, irreconocibles como “cuerpo humano”, que frecuentemente son confundidos con animales, y que inundan el espacio de lo social. “Santa Teresa” –y, por extensión, “la frontera”– es en el texto de Bolaño la “zona” de un experimento final donde no sólo se asesina masivamente a mujeres sino que se destrozaron sus cuerpos, donde la víctima es la instancia de un cuerpo y una fisiología a denigrar además de una subjetividad a herir y a eliminar. Un “caso”, entre los muchos:

⁴ Bolaño, R., *2666*, Anagrama, Barcelona, 2004.

A finales de septiembre fue encontrado el cuerpo de una niña de trece años, en la cara oriental del cerro Estrella. Como Marisa Hernández Silva y como la desconocida de la carretera Santa Teresa-Cananea, su pecho derecho había sido amputado y el pezón de su pecho izquierdo arrancado a mordidas. Vestía pantalón de mezclilla de la marca Lee, de buena calidad, una sudadera y un chaleco rojo. Era muy delgada. Había sido violada repetidas veces y acuchillada y la causa de la muerte era rotura del hueso hioides. Pero lo que más sorprendió a los periodistas es que nadie reclamara o reconociera el cadáver. Como si la niña hubiera llegado sola a Santa Teresa y hubiera vivido allí de forma invisible hasta que el asesino o los asesinos se fijaron en ella y la mataron (276-77).

Como territorio ficcional, Santa Teresa es una zona (expansiva, contagiosa: “la frontera”), que escenifica los cuerpos en el momento en que se desligan de aquello que hace de ellos *personas* para convertirse en una anatomía anómala despojada de toda referencia personal que la humanice⁵. Las miniaturas narrativas que en el texto trazan el semblante de las víctimas a través de detalles —la ropa, el interior de sus casas, las palabras de sus conocidos, sus a menudo inciertas historias— no hacen sino señalar el abismo que separa la “persona” de la carne irreconocible en que han sido convertidas: como en Sade, la violencia es aquí la reducción del individuo a una fisiología socialmente inasignable, vuelta objeto de violencia y de ejercicios soberanos. Pero a diferencia de Sade, el “estado de excepción” que produce estos cuerpos no puede ser contenido en un espacio determinado

⁵ Roberto Esposito ha estudiado la noción de “persona” como matriz jurídico-política de humanización en la modernidad. Para Esposito, la “persona”, aunque indisolublemente ligada a un cuerpo viviente, nunca coincide íntegramente con ese cuerpo —por el contrario, es el mecanismo por el cual se traza una distinción entre lo meramente biológico, corporal, entendido como “cosa”, y el universo de autonomía racional y/o volitiva que entendemos como “sujeto”. La persona es el mecanismo de esa distinción: distribuye lo que es artificial, o extranatural, de lo que corresponde a lo natural, la especie, lo animal, etc. Por eso interesa pensar el régimen de lo impersonal no como negación de la persona, sino como operaciones críticas que piensan y revierten los mecanismos que la fundan —de allí la significación de la ‘tercera persona’ como posibilidad de exceder el régimen del personalismo moderno. Ver Esposito, R., *Terza persona. Politica della vita e filosofia dell’impersonale*. Einaudi, Torino, 2007.

(como, digamos, el “castillo de Siling”) ni en una zona social o cultural específica. Por el contrario, es una contaminación imparable, una condición que, desde la “frontera”, se vuelve general, como una especie de contagio.

Es significativo el hecho de que los relatos de las muertes frecuentemente señalen que muchas de las torturas que muestran los cuerpos tuvieron lugar después de la muerte de las víctimas, como si la muerte fuese una sucesión de múltiples instancias, y como si, después de muerta la persona, el cuerpo perdurara como materia a violar, a torturar, a marcar. Por eso la *desección* de los cuerpos aquí es clave: porque destruye la idea de la “unidad” de la muerte, de la muerte como acto o pasión única. En Sade el crimen culmina en la muerte de la víctima; aquí, en cambio, la muerte se subdivide, se segmenta, se despliega en actos numerosos (y jurídica y narrativamente irreconstructibles.) Se trata de una microscopía infernal, donde la muerte se despliega en una serie proliferante de suplicios, herida, lesiones —como si el universo de Santa Teresa estuviese hecho de esa carne torturada, cada vez singular, cada vez única: por eso es importante la enumeración casi intolerable de “cada caso” (son casi cuatrocientos, que el texto consigna cada vez), en lugar de un resumen alegórico o un ejemplo general. Ese espaciamiento de la muerte, esa dispersión en “casos” y en secuencias continuas y en actos diversos (coextensivo a su contagio espacial: las muertas aparecen “por todos lados”), es lo que puebla “Santa Teresa”, como universo donde no se puede reconocer más la distinción entre vivir y morir, donde no se sabe ni se puede saber (ni se puede narrar con precisión, ni se puede definir jurídicamente) cuándo un cuerpo empieza a ser un “cadáver”, o cuándo una “persona” empieza a ser una “cosa” o un “animal” —un universo donde la “persona” deja lugar al “animal de adentro” del que hablaba Bichat como superficie de mercado político, sexual, y social. Ese contagio —esa “zona de indistinción” conjugada en la mirada forense que describe estos cadáveres— es la intensidad del “presente” en Bolaño.

Lo que esta línea expansiva de la “frontera” inscribe es esa carne torturada como objeto de una violencia inasignable e inexplicada pero también como reflejo de la condición contemporánea: la excepción monstruosa de Santa Teresa se vuelve, al ritmo de la repetición incesante de

“casos,” una especie de regla, una repetición incontenible, imparable. No es una gramática de la “alteridad” o el estigma la que lanza esas mujeres a su muerte; no se trata de identidades específicas que puedan ser perseguidas: el catálogo de muertas incluye prostitutas, trabajadoras, periodistas, estudiantes; tienen en común, sí, además del género (aunque el catálogo incluye algunos varones), la pobreza y la destitución social (aunque en algunos casos hay mujeres de clase media), pero sobre todo, lo que tienen en común es el hecho de que no hay un orden jurídico-político que pueda reconocer esos cuerpos como individuos o ciudadanos, y que proteja sus vidas o responda por sus muertes. Lo que tienen en común –acentuado, desde luego, por el hecho de ser mujeres y pobres: los signos de su vulnerabilidad y de su exposición–es que la vida de sus cuerpos no tiene un lugar estable o definitorio en la gramática de lo social ni en el orden de lo político, como si estos cuerpos estuviesen atravesados o constituidos por esa anonimidad esencial –ese exceso incontable en Rancière– que los vuelve extranjeros no ya a una nación, sino a lo simbólico en general. Es esa extrañeza, ese afuera, lo que se despliega como “cosa muriente” en el texto de Bolaño: es esa *materia* en el límite con lo animal lo que se despliega en esta escritura como materia forense, como superficie donde la mirada trata de leer, en vano, el instante de la muerte –y al hacerlo, contagia todos los cuerpos con los signos multiplicados, proliferantes, del cadáver.

3. Si Bolaño apuesta por el vértigo apocalíptico de “Santa Teresa” como modo de inscribir el “excedente de cuerpos” en la microscopía de la crueldad, la escritura de Joao Gilberto Noll apuesta por una dirección diferente: la de la invención, el hallazgo, la experiencia de dimensiones inéditas de lo *común*. Creo que la escritura de Noll –quizá, en este sentido, en las antípodas de la de Bolaño–es una exploración formidable sobre *los materiales y sobre la posibilidad misma de lo común allí donde los fundamentos de la comunidad* (la nación, el Estado, la cultura y tradición, la raza, la lengua –e incluso la misma especie humana) han sido erosionados o desmontados con una intensidad sin retorno o restitución posible. Y eso “común” pasa por una relación con lo viviente, con lo meramente biológico en tanto exceso o desperdicio del orden social, encarnado en

cuerpos inasignables, anómalos –lo común en Noll se traza en la filigrana mínima de *eso* a lo que se reducen los cuerpos después de haber perdido lo que hace de ellos individuos, personas, de lo que los asigna en un mapa social.

“*Escrever pra mim* –dice Noll en una entrevista– *e um pouco a vontade de confronto com alguma força natural, nao uma ação que se va abo-toando grau a grau, pra cumprir um significado soprado de antemao por um horizonte metafísico*”. Narrar es abordar ese límite de la “fuerza natural”, eso que postula un exceso respecto de toda significación previa, una opacidad respecto de toda gramática del sentido; es desde ese límite con lo “natural” –con lo biológico o lo viviente como espaciamento del lenguaje– que la escritura de Noll enfrenta los dilemas en torno al estatuto del “yo” y de la experiencia en el presente. Es allí donde su escritura se puebla de corporalidades animales, pero una animalidad que pasa por la suspensión de la legibilidad de los cuerpos y por el encuentro con una potencia ciega, que arrastra a los personajes hacia lo impensado, hacia lo contingente. Se trata de biología anómalas que emergen como horizonte donde aparecen fuerzas “ciegas”, de exploración y experimentación, un impulso a-personal que arrastra los personajes hacia el azar y lo “absurdo” (y la narración es el mecanismo de esa apertura a la pura contingencia.) El sexo –una sexualidad siempre divergente, puro enrarecimiento de las relaciones y de los cuerpos– es una realización clave de ese extrañamiento, y que se vuelve una matriz de despersonalización, de salida de lo “propio.” En *Lorde*, una novela de Noll del 2004, lo sexual ocurre entre varones maduros –“maduros *in extremis*”: el cuerpo envejecido que se vuelve pura sexualidad, pero una sexualidad *inadecuada*– y ese hecho hace del sexo una fuerza de extrañamiento y de irreconocibilidad de los cuerpos deseantes⁶. En el impulso de esa sexualidad “extravagante”, el narrador se percibe como una suerte de reptil, “*um ser sem estrutura dorsal para conviver com seus iguais, salvo para foder -deitado*”. Y el narrador sigue: “*Mas que futuro poderia haver para um sujeito desmembrado*

⁶ Cuando los dos “maduros” se miran uno a otro la pija, es como mirar “*um jarro de flores num deserto*”, Noll, J. G., *Lorde*, Francis, Sao Paulo 2004, p. 77.

como a unica funcao de meter e ejacular?... Entao só me restava pedir socorro”⁷. Esa criatura, ese animal anómalo es una fuerza irreconocible, línea de mutación, algo desconocido del cuerpo que actúa y nos empuja más allá de nosotros mismos. Lo que arrastra a los personajes en los textos de Noll no es la cultura, no es la historia personal, no es la identidad social, sino ese mínimo vital, esa “cosa viviente” que no se puede codificar como “persona” y que se despliega como *materia virtual*, como borde que, desde su “casi nada”, empuja hacia lo impensado y lo contingente. La desprotección, el abandono, la pérdida de lo “propio” es la instancia de ese encuentro o hallazgo de esa corporalidad despojada a partir del cual se efectúan nuevos espacios de relación, nuevas líneas y espaciamiento *entre* cuerpos —ese “*ato de me traduzir como seu proprio corpo*”⁸.

En *Minimos, múltiplos, comuns*, del 2003⁹ —libro único y deslumbrante, hecho de textos breves que Noll llama “instantes ficcionales”— hay un texto sobre un mendigo al que le cortaron la lengua, y cuya única acción es la absoluta pasividad, la espera absoluta que se resuelve en un gesto: las manos alzadas, en espera de un don, una dádiva, “*alguma substancia [que] viesse a pousar de graça naquele territorio em concha*”¹⁰. Sin embargo, de esas manos en súplica, “*tudo poderia lhe fugir*”. El mendigo es un cuerpo de lo mínimo: del despojo de toda propiedad, de toda dignidad, pero también de todo rasgo “personal”; pérdida incluso de aquello que, para muchos, define lo propio de lo humano, el lenguaje (tiene la lengua cortada: no puede pedir más que con el gesto). Hasta la dádiva que pueda recibir, esa “substancia” posible, ese “contenido arredo”, se le podría escapar (o, como sugiere el final del texto, tal vez ya se le perdió). Ese cuerpo no sólo en el límite de lo social sino incluso en el umbral de la animalidad —mero “cuerpo vivo”, revés del “sujeto hablante” como índice de humanidad— es aquí la sede de una extraña “*onipotencia*” : tal es el título del texto, que parece encontrar una potencia desconocida en la casi nada de ese cuerpo, en su pasividad y su espera absoluta, una inope

⁷ Ídem.

⁸ Noll, J. G., op. cit., p.110.

⁹ Noll, J. G., *Minimos, múltiplos, comuns*, Francis, Sao Paulo, 2003.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 168.

ratividad que, retirándose de los modos del reconocimiento social, hace aparecer una “vida” que no responde a ninguna “forma de vida”, una suerte de contemplación de la propia potencia como apertura y como espera. Un “animal sabático”, como escribe Agamben, que actualiza la imposibilidad de la vida de coincidir con una forma predeterminada: no la forma de vida, sino una vida sin forma que emerge en el umbral de lo animal y como pura potencia de vida, más acá de todo uso. El desecho, el despojo, el abandonado, el inútil –los productos malditos pero sistemáticos de una época que sólo parece poder justificarse en su capacidad para *medir el valor*–, esos cuerpos que en Bolaño se convierten en superficie de especificación de la violencia, desecrados al infinito, se vuelven en Noll la ocasión de interrogación estética sobre una “vida” que pone en crisis distribuciones estabilizadas entre el individuo y lo colectivo, entre lo privado y lo público, entre el “yo” y “los otros”, etc. y que excede todo mecanismo de apropiación (y por lo tanto, de identificación, codificación, capitalización) –una vida que se afirma en su potencialidad imprevista, incalculable, ciega, y por lo tanto, como origen contingente de lo posible. El desamparo y el abandono –la suspensión de la “persona”– son la condición de esa experiencia: son relatos que sólo pueden tener lugar allí donde los mecanismos de reconocimiento y protección de la vida –Estado, nación, comunidad– han sido erosionados; allí es posible postular o imaginar de nuevo los modos de lo común. Allí, como apunta el narrador de *Lorde*, “*A natureza começava a tomar um sentido para mim inédito...*”

Entre Bolaño y Noll, quiero sugerir, se ponen en juego modos contrapuestos de inscribir en el lenguaje y la cultura ese límite de lo meramente biológico, lo animalizado, la “cosa viviente.” Entre ambos proyectos de escritura se traza una tensión que lee en la irrupción de cuerpos despojados de todo reconocimiento la fractura inherente de la idea de “persona” y de las construcciones jurídicas, políticas, sociales que la producen. Se trata de ficciones que parecen postular la emergencia de un paisaje social inédito en el que las distinciones entre la vida humana y la vida biológica, entre la “persona”, el “animal” y la “cosa” ya no pueden contener o sofocar las aporías que las atraviesan, y donde el marco normativo (y “normalizador”) del Estado como monopolio de la construcción de subje-

tividad –y de definiciones soberanas de la “dignidad humana”– ha sido desplazado de modo radical. Desde los cuerpos inertes, la “cosa cadavérica” hecha añicos del texto de Bolaño, hasta la extraña (y ciega) virtualidad que viene con los cuerpos de Noll, estas escrituras no hacen sino dar forma a los dilemas de ese nuevo universo.